

El Eco de Cartagena.

Año XXVI.

DIARIO DE LA NOCHE.

NUM. 7423

Preios de suscripción.

CARTAGENA.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—PROVINCIAS.—tres meses, 7 50 id.—EXTRANJERO, tres meses, 11 50 id.
La inserción empezará a contarse desde el 1.º y 16 de cada mes.
Corresponsal en París para noticias y reclamos, Mr. A. Loritte, 51 rue Caumar-tin, 61.

NUMEROS SUeltos.—75 Céntimos.
REDACCIÓN, MAYOR, 24.

SABADO 7 DE AGOSTO 1886

Condiciones.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, conserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—No se devuelven los originales.

Anuncios á precios convencionales.
ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24.

ECOS DE MADRID.

6 de Agosto de 1886

Entre los que se han ido, los que se ocultan y los que no salen de casa porque profesan la teoría de que se pasa mejor el verano en paños menores, bien puede asegurarse que se han retirado de la circulación de Madrid las dos terceras partes de sus habitantes.

Así es que no solo de día, sino por la noche también, se nota la ausencia de ese personal numeroso, quimado, pintoresco que caracteriza y anima á la capital de España.

En todas las esferas sociales—no las llamo capas para no aumentar el calor—se considera como una gran desdicha, como una dolorosa privación, como una muestra de insignificancia, tener que permanecer en Madrid los meses de Julio y Agosto.

Si les que viven de pingües rentas y los capitulistas y los comerciantes ricos y los que pueden gravar su presupuesto con los gastos extraordinarios del verano se van, también emprenden excursiones aunque más cortas y aprovechando los trenes de recreo las carniceras rumbosas, las prenderas, las prestamistas, las peinadoras y no pocas artesanas, que solas ó acompañadas de sus hombres, han adquirido la costumbre de remojar sus cuerpos sandungueros en las arenas de Bilbao, la Concha de S. Sebastian ó el Sardinero de Santander.

—Conque se va V. Señá Mengilda?

—Si mujer, á ponerme en camino.

—También me han dicho que se van la señá Rufa la de la casa de empeños de la calle del Tribulete, la señá Rosa la del cajón de carne de la plaza de S. Miguel y que se llevan á la Rosario la que habla con Palillos el Mono sabio de la plaza de toros.

—Yo pue ser.

—Vaya una su rita!

—Hija, la que lo tiene lo gasta.

—Se me pasan unas gacetas de dir un año.

—Pus por poco lo dejas... en el tren de recreo te pues dar el gusto.

—Voy á juntar dende ahora pa el año que viene.

Así es, que en todas las clases hay satisfacciones y envidias. Y como los que se quedan son los que sufren, este estado de los ánimos eleva la temperatura y donde quiera que se tienden los ojos, no se ven más que caras tristes y se byen en la conversación más que variaciones sobre un mismo tema: el calor.

Los domingos y fiestas de... *gustar*, se consuela la gente de los barrios bajos yéndose al Escorial. La de los barrios altos, solo por la noche va al Jardín del Buen Retiro á oír música y pescar reumatismos. La clase media toma agua con azucarillo en los puestos del Prado y se reparte en los teatros al pormenor, saboreando la *Gran vía en Felipe*, satisfaciendo sus retencos con *Ciclón XII* en el Teatro de Maravillas, ó asistiendo al encuentro de la *Lola* en Recoletos.

Otro de los goces que se permiten los condenados á Madrid perpétuo, es pasear en tranvía.

De la Puerta de Sol salen los coches atestados de gente. Los más favorecidos son los que se dirigen á las ventas del Espíritu Santo, al Barrio de Argüelles ó al de Salamanca.

Media hora de viage cuesta diez céntimos, y por esta módica cantidad, se va en coche, se recrea la vista sin que se fatigue el cuerpo y se respira el aire fresco que al cruzar entre árboles por medio de una atmósfera despejada agita el carruaje en su marcha.

Hay quien repite la excursión dos ó tres y cuatro veces. Estos viajes pueden además ofrecer al observador curioso amena distracción.

Una de estas noches me permití saborear este placer. Perez Galdós ha consentido en ser diputado para estudiar á los hombres políticos y ponerlos en novela. Pereda que tan admirablemente describe los tipos, debería pisar una noche, dos ó tres horas en tranvía. ¡Que escenas y que tipos nos pintaría! Por supuesto que necesitaría muchas páginas para dar á conocer la interesante variedad de los que veranean por las noches desde la Puerta de Sol al barrio de Salamanca ó á las Ventas.

En mi primer viage ocupaban mi fila una señora de edad, una jovencita y un caballero muy peripuesto y muy almidonado, entre los cincuenta y sesenta. En la fila anterior un caballero alto, seco, anguloso, todo el tipo de un cesante; una señora bajita regordeta, un militar joven y presumido y una barbiana, como han dado en llamar á las que sucesivamente se han llamado manolas y chulas. En la fila posterior, un cura de buen

año, una señora bastante guapa, entre los treinta y cuarenta, y una mamá joven y modesta que en sus rodillas y en el otro asiento llevaba y vástagos.

El tranvía iba lleno: entre los que ocupaban asiento, y los que iban de pié pasarían de cuarenta.

Instalado en mi observatorio, fui todos oído.

—Que fresquito mamá, decía la niña de delante.

—Es una bendición contestaba la atudida, no se como se va la gente.

—Tiene V. razón señora, decía el almidonado caballero, veo que son ustedes de mi opinión.

—Ay! si señor. A mí que no me saquen de Madrid.

—Ni á mí... suspiraba la niña, como diciendo otra me queda dentro.

—Yo he viajado mucho.

—Tambien nosotras.

—He recorrido el mundo.

—¿Es V. comerciante?

—No señora, correo de gabinete.

—Ah!

—Por muchos años.

—Así es que estoy harto de andar por esas tierras de Dios; y si les he de decir á ustedes la verdad no encuentro nada más fresco que Madrid.

—¡Insoportable! decía la señora guapa al señor cura que había entablado conversación con ella quejándose del calor que experimentaba.

—Y al fin y al cabo ustedes pueden usar el abanico.

—¿So sig' tierra es un cons'elo.

—Le quiere V?

—No gracias... en público no es